

# EL ESPÍRITU DEL CIERVO

JORGE M. MIER

# EL ESPÍRITU DEL CIERVO



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: febrero de 2023

© Jorge M. Mier, 2023  
© de la presente edición: Edhasa, 2023  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6404-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 1087-2023

Impreso en España

*A Raquel y a nuestros hijos.*

«Si en algún lado del universo existen criaturas inteligentes sociales, asexuadas, blindadas, hechas de silicio, activadas por receptores fotovoltaicos y que se reproduzcan por fisión, estoy seguro de que carecen del don de pintar renos en las paredes de las cuevas o de empujar carritos por los pasillos del súper».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

## LA GRAN CAZA DEL CIERVO

«Cuando los sapiens modernos irrumpieron en Europa, su tecnología había dado un salto cuántico».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

Las sombras de sus manos parecen hombrecillos bailando en la pared. A la luz de la lumbre, afilan las puntas de flechas y lanzas, tensan los arcos y untan con barro los mangos de sus armas para hacerlas más resistentes. Todo es alboroto mientras el fuego colorea de ocre y naranja las paredes de la caverna, resaltando el negro de las grietas que quiebran la piedra.

Tarik gruñe para exigir a Bo que se concentre en su tarea. Debe aprender a raspar y presionar los bordes para afilarlos bien, qué puntas hay que desechar y cuáles pueden seguir usándose, hasta dónde romper el extremo del astil, donde luego quedará incrustada la cuchilla. Será la primera vez que el joven participe en la partida de caza, y Tarik lo observa con preocupación. «No parece nervioso, pero no está preparado. Debería estar más atento», piensa el maestro. Pero no lo quiere asustar. Los que cazan con miedo suelen morir.

–Los ojos aquí –insiste, mostrándole la punta–. Pon los ojos aquí.

Pero la mirada del muchacho se pierde en el eco de la cueva.

De pronto, se hace el silencio, únicamente roto por algunos susurros y el crepitar de las llamas. Los hombres descansan un rato para, al poco tiempo, volver a empezar. Entonces, de las profundidades, del lugar sagrado en el que sólo unos pocos pueden acceder, emergen los cánticos y rezos de Sirek. Bo sí tiene permitido entrar allí desde que era un niño, pues muy pronto el chamán se percató de que sabía dibujar. Fue el primero que lo tomó como aprendiz, el que le enseñó a observar la figura de los animales y a fijar la pintura sobre la roca; y fue también él quien lo llamó Bo, en lugar de Boká, que es en realidad su nombre. Sólo más tarde, por algún motivo desconocido para el joven, Tarik, uno de los jefes cazadores, se encariñó con él y, cuando lo vio con la suficiente fuerza, habló con la gran madre Ba'aba. El muchacho debía aprender a cazar. Boká no quiere decepcionarlo, pero preferiría estar rezando y pintando que afilando las armas.

Hay otro sonido; diferente, inusual. Llega desde el otro extremo de la cueva, la zona más exterior, allí donde menos huele a humo. Son los intermitentes alaridos de Ja'anit, que está pariendo a su primera cría. Los hombres suspiran y cierran los ojos, temerosos de que se trate de un mal augurio y de que los sollozos de la madre y su criatura no los dejen dormir. Ba'aba está concentrada en el alumbramiento. Y los cazadores, que nunca han partido antes sin que la gran madre rezara a los espíritus el día anterior, susurran, tensos. La cueva se inunda de inquietud y nerviosismo. Apenas se miran a la cara e interrumpen su trabajo cuando los gritos cesan, confiados en oír al fin el

llanto de un bebé. Pero los chillidos de Ja'anit continúan durante una gran parte de la noche.

Flechas, lanzas y azagayas ya están listas y apiladas contra los muros. Con una última punta de piedra, Tarik saca filo al cuerno de ciervo que siempre lleva colgado a la cintura. El color y la textura, tan suave, revelan que nunca lo ha usado aún para matar. Todavía conserva su forma natural, y a Bo le parece que su dueño podría haberlo perdido ayer mismo. Con curiosidad, mira a su alrededor, pues ahora Bo es miembro de una tribu dentro de su propio clan. Los hombrecillos que bailaban en la pared se han marchado. «Quizá», se dice, «no sabían si bailar al sonido de los rezos de Sirek o al del llanto de Ja'anit, o quizá, como los cazadores, se han cansado de esperar».

El fuego se va apagando poco a poco, a la par que los ojos de los guerreros se empiezan a cerrar. Las paredes, oscurecidas entre las sombras, dibujan entre naranjas unos rostros que duermen pero no descansan. Sólo los dos jefes cazadores permanecen despiertos y en pie. Tarik se muestra satisfecho mientras cuenta por última vez las armas; Ka'ab, impávido, se ha reclinado contra el muro, con ese semblante lleno de furia tranquila que es tan propio de él. La profunda cicatriz que le corta la parte izquierda de la cara, desde la frente por encima de la ceja hasta la quijada, la misma que le deforma el ojo y que impide que le crezca la barba en ese lado, se pierde en la negrura al apagarse el brillo de las llamas. Aun en la penumbra, se las ingenia para, sin apenas moverse, matar con una de las flechas a un ratón que pasaba por ahí.

—¿Y tú qué miras? —espeta a Bo, sujetando el cadáver del roedor, y éste inmediatamente desvía la mirada.

Jécom, uno de sus hombres, levanta la cabeza y ríe suavemente al oír la pregunta. Se ha percatado del miedo

del muchacho. Y, por eso, cuando el jefe le lanza el ratón muerto, el cazador, divertido, le arranca un pedazo de un mordisco y lo escupe a los pies de Bo, quien por instinto encoge las piernas del susto, mientras el otro se ríe al tiempo que se limpia la sangre de los dientes.

–Duerme, Bo –le ordena Tarik–. Duérmete.

Y al final logra dormir. Se da cuenta de ello cuando abre los ojos y la caverna está en completo silencio. Todavía es de noche; no entra nada de luz por la pequeña chimenea natural que desde esa parte de la cueva emerge hacia el exterior. Pero los restos de las brasas le permiten distinguir a las tres figuras que susurran a sus pies.

–Es un buen augurio –logra entender de las palabras de Sirek–. He terminado de rezar cuando Ja’anit finalmente ha dado a luz. Es un buen augurio. El ciervo será abundante mañana, tendremos caza segura. No perderemos a ningún hombre, y los clanes celebrarán su alianza.

–Es un niño –dice Ba’aba–. Ja’anit se encuentra bien y ya descansa. Queda mucho por saber sobre la salud de la cría, y sólo conoceremos más cuando le dé el sol. Parece que busca el pecho de su madre, que no tardará en dar leche. Un niño en un día de caza es buen augurio.

La tercera silueta es Tarik, que se despide de ambos tras conocer la noticia y comienza a buscar su lugar en el suelo para echarse a descansar. Lo siguen los otros dos, gateando a tientas hacia el lugar que les pertenece en la cueva.

–Tarik –advierde de repente Sirek–, cuidado con los machos grandes y briosos. Se separan del grupo cuando las cosas se ponen mal y pueden ser un peligro.

El jefe cazador no responde nada. Acomoda el cuerpo y encuentra el sueño tan pronto como posa la cabeza en el piso. Bo repite en su mente las palabras del chamán, mientras en su pecho retumban los latidos nerviosos de

su corazón. Es entonces, en la paz de la noche, cuando piensa por primera vez que mañana hará lo que nunca ha hecho: empuñar un arma y tratar de matar.

\* \* \*

Dos golpes secos en el pie lo despiertan.

Los hombres ya se mueven en silencio hacia el exterior de la cueva. La tenue luz del alba les muestra el camino. Tienen especial cuidado cuando pasan por donde duermen los niños y las mujeres; si alguna de ellas está menstruando y toca una de las armas, podría significar un augurio terrible. La primera sangre que deben ver hoy es la que brote del lomo de los animales.

En el exterior, el viento cubre el lugar con su aroma. Los altos árboles crujen bajo el frío, esperando la salida del sol. La primera nevada ha pintado de blanco las copas, aunque el suelo permanece despejado. Comienzan los cazadores a tensar los músculos, mientras la brisa helada de la mañana hincha sus pechos. Escogen las lanzas, se atan los cabellos y las barbas, aseguran sus prendas de piel y se protegen los pies. Las armas son de todos; las pieles, no. Los más veteranos irán mejor protegidos, y sus vestimentas están decoradas con líneas de colores apagados que han ido añadiendo tras cada cacería. Bo apenas logra cubrirse el tronco. Es un muchacho imberbe, paliducho y enclenque, y todavía tiene los cabellos oscuros cortos, como los llevan los chamanes. Tarik le arranca de la mano la lanza que ha escogido y le da otra.

—Mira tu altura y mira la de la lanza. No lograrás ver al ciervo antes de poder levantarla. La lanza en una mano y la azagaya, que es más corta, a la espalda —dice estudiando sus ropas y acomodándose las.

–No sé cómo usarlas –contesta el muchacho.

–Ya te lo he dicho. La lanza, para herir –repite, pasándole las palmas de las manos por las costillas, los muslos y la nuca–. La azagaya, para matar –concluye, y, con un gesto brusco, se señala con la punta de los dedos la garganta, la cabeza y las ingles.

–Pero no sé cómo hacerlo...

–No hay otra forma de aprender. Observa y muévete como los demás.

Sirek ya está marcando las caras de los hombres con pintura verde al tiempo que invoca a los espíritus buenos. Se han formado dos grupos, cada uno integrado por siete cazadores más su líder. Bo no conoce los nombres de aquellos que son nuevos en el clan. Del grupo de Ka'ab, el más experimentado de todos, conoce a Jécom, un buen veterano; a Agtó, que ha vivido ya dos temporadas de caza, y a Lokar, quien, novato como él, tiene su misma edad. Del de Tarik, del que forma parte, conoce a Nu'uk, a Koku'um y a Iktaá, los tres con varios años de experiencia. El resto son muchachos inexpertos como él, aunque los han enseñado a luchar. Todos llevan sus propios amuletos, ya sea alrededor del cuello o de las muñecas: huesos, pieles, dientes. Lokar se ha amarrado una cola de ardilla en los cabellos para indicar que, a pesar de su juventud, ya ha matado antes; con mucho orgullo, finge que el vello delgado y poco tupido que viste en el mentón es una barba.

Los cabellos negros de Tarik caen con suavidad por su espalda, atados por detrás de la cabeza. No podría decirse que es el más alto ni el más fuerte, pero su reputación lo precede. Es un gran cazador, y su rostro amable y su semblante alegre lo hacen una persona muy querida dentro del clan. Sus ropas se ven decoradas con miles de

astillas de los huesos de todos aquellos animales que ha cazado a lo largo de los años.

Ka'ab es el único que no porta amuletos ni se ha pintado ni adornado el rostro o la ropa. La horrible cicatriz de su cara es lo que cuenta su historia. Al ser el cazador más avezado, es siempre el primero en hablar.

–En cuanto nos juntemos con los otros clanes –ordena a Tarik–, manda a tus hombres hacia el flanco sur; los míos irán por el norte.

–Ese lado es el más peligroso –le responde Tarik–. Tengo a dos jóvenes y a Bo, que ni siquiera sabe cazar. Podría pasarles algo.

–Tienen las piernas frescas –interviene Jécom con una sonrisa burlona–. Seguro que saben correr.

–No estás obligado a dar siempre tu opinión –le suelta Tarik enfadado–. De vez en cuando, podrías callarte nada más y escuchar. No podemos darnos el lujo de perder a ningún hombre –añade, mirando a Ka'ab.

–Tus hombres por el flanco sur –repite éste, sin darle opción a réplica.

Sirek observa la escena sin ni siquiera abrir la boca. Se acerca tímidamente a Ka'ab, para decirle que quizá debería ser él quien decidiera la táctica y diera las órdenes.

–Si tienes una visión, chamán, si algún espíritu te ha hablado, dilo y ya está –le contesta el cazador sin apenas mirarlo.

Al instante, con un gesto de la mano, indica a los dos grupos que es hora de partir.

La gran madre los despide desde el interior de la cueva, desde donde ella no logra verlos, ni ellos a ella, para no ofender a los espíritus. El chamán vuelve a su lugar en el interior, donde permanecerá rezando mientras dure la caza.

Y se ponen en marcha. Esta parte Bo la conoce bien. Avanzan por el bosque con tal sigilo que podrían no estar ahí. A pesar de la lanza, el muchacho pisa y se mueve con agilidad; es uno con la naturaleza. Y eso, a la carrera. Y, aunque llevan el aire en contra, se van untando los cuerpos con musgo, barro y hierbas para ocultar su olor. No tardan demasiado en encontrarse con el resto de los clanes. Sin la necesidad de detenerse o hablarse, los hombres se van sumando al grupo, como una brisa que toma más y más fuerza. Se contarán unos setenta u ochenta una vez estén todos.

Entonces, sin que nadie lo indique, se detienen. En cucullas, sostienen las lanzas con ambas manos, de tal forma que parece que ni siquiera respiran. Desde su posición pueden ver el lugar en el que se abre un espacio libre de árboles, la pradera donde una manada de ciervos suele detenerse a pastar. Ya amanece; el sol sale por el horizonte.

De repente, ahí están. Deben ser más de trescientos. Bo nunca había visto tantos al mismo tiempo. Los cuernos de los machos se alzan tranquilos en la distancia, ignorantes de lo que está a punto de suceder. Las pieles pardas no alcanzan a brillar con aquel sol aún tan bajo. La neblina absorbe toda la luz.

Los cazadores comienzan a dividirse según la costumbre. Los veteranos se encargarán de iniciar la persecución, obligando a los ciervos a correr en contra del aire y de la luz, cegándolos y dejándolos sin olfato. Los más novatos flanquearán a la manada, para mantenerla unida y que siga avanzando. Desde muchas generaciones atrás se ha contado que aquel lugar solía estar cubierto de hielo. Cuando el hielo comenzó a retroceder por las subidas de temperaturas, fue dejando un camino marcado y profundo, una zanja enorme con una pendiente en descenso que

conduce a un lugar sin salida, a un espacio rodeado por tres altos muros de piedra. La amenaza de los cazadores en la retaguardia y en los flancos llevará a los animales a una encerrona en la que serán un blanco fácil.

Los más jóvenes comienzan a rodear la pradera. Es el momento más delicado de la partida. Un error, una rama partida, un paso mal dado podría asustar a la manada y arruinarlo todo. Bo observa a los animales como nunca antes, más cerca de lo que nunca ha estado. Sospechan algo. De pronto, le parece que pastan menos y levantan la cabeza y las orejas como si supieran que están en peligro, como si tuvieran miedo. Justo cuando parece que están a punto de echar a correr en la dirección equivocada, los experimentados cazadores emergen del bosque con rapidez, agresivos, lanzando gritos de guerra y agitando sus armas.

La manada comienza una huida desesperada a gran velocidad. Aquellos que están en los flancos corren junto a los animales y les cierran el paso, estrechando el recorrido con golpes y gritos, imitando el aullido de los lobos enfurecidos. Hay confusión entre las bestias, que avanzan a ciegas, aterrorizadas. Los golpes de sus pezuñas hacen temblar la tierra con violencia. Las ansias y el miedo de Bo se transforman entonces en un impulso lleno de ira. Sus piernas se vuelven tan veloces como las de los ciervos y sus pulmones se llenan de fuego. Por un instante cree que de verdad es un lobo.

La persecución es más larga de lo que esperaba. Su cuerpo comienza a acusar el cansancio en el momento en que la zanja se hace visible. Ahí empezará lo más difícil. Mientras que la manada corre cuesta abajo, los cazadores han de ascender la pendiente a la misma velocidad por los laterales de roca. Los veteranos siguen

persiguiendo a los ciervos, tratando de evitar que vuelvan sobre sus pasos. Y, al final del camino, deberán resistir un enfrentamiento directo con ellos y conseguir retenerlos el tiempo suficiente en el sitio como para que se produzca una gran matanza.

Pero algo va mal. Bo ha perdido de vista a los animales. Un saliente de piedra parece alzarse cada vez más por delante, entre éstos y él, mientras avanza. Al mismo tiempo, la tierra que pisa ha comenzado a descender, y a un lado ve cómo sus compañeros siguen subiendo por la cornisa que conduce al final sin salida. Se ha metido en un pasillo estrecho, de unos tres cuerpos de ancho, entre los cazadores y sus presas. De repente, se topa con un parapeto natural igual de alto que el que los ciervos deben haberse encontrado. No puede ver nada, aunque los ruidos a su alrededor le permiten imaginárselo. El rugido violento de los hombres al atacar desata los bramidos desesperados y los berridos de dolor de sus víctimas. Bo se da cuenta de que se está perdiendo la batalla. Trata entonces de escalar, busca un saliente, pero la roca se desprende y cae de nuevo. No le queda más que desandar el camino, pero, cuando se da la vuelta, se encuentra de frente con un macho gigante que ha quedado encerrado en el mismo pasillo que él.

Un instante se convierte en una eternidad. Bo y el animal se miran a los ojos. El joven duda; el ciervo, no. Golpea con fiereza, y las astas retumban contra las paredes con cada cabezazo desesperado. En un espacio tan estrecho, es incapaz de darse la vuelta, y berrea de ira. Se detiene un momento, golpeando ansiosamente con sus pezuñas el suelo húmedo. Es dos veces más alto que Bo. El vaho de su hocico despide un olor tan fuerte como el sudor de diez hombres. «¡Me va a embestir!», se dice el jo-

ven, cuando ve cómo el cérvido se levanta sobre las dos patas traseras y agacha la cabeza. De inmediato se abalanza sobre el muchacho con los cuernos por delante. Boká sabe que va a morir, pero no encuentra las fuerzas para levantar su arma. Cierra los ojos y contrae el cuerpo para recibir el golpe. No siente nada. Cuando, asustado, abre los ojos, el animal se está retorciendo en el suelo a dos pasos de sus pies. Tarik, subido al lomo, sujeta con fuerza la lanza que le ha clavado en la nuca, retorciendo la punta con fuerza para ahogar sus espasmos finales. La tierra se tiñe de rojo con la sangre que vomita al soltar su último aliento. Se hace el silencio en el bosque.

Bo cae de espaldas y respira aliviado. Mira al ciervo una vez más; el cuerpo ya pierde el calor; los ojos vacuos, muertos; la sangre humeando mientras se le escapa el espíritu; su gran figura humillada.

Tarik se baja del animal. Jadea, exhausto, y se sienta frente a Bo. Ha dejado su lanza clavada en el cadáver.

—La próxima vez pon más atención. Pudiste haber muerto por ese error —suspira. Se estira y respira hondo y, una vez recobra las fuerzas, se levanta, se arrodilla junto a su víctima y, recuperando su lanza, susurra—: Te pedimos perdón y te damos gracias.

Los últimos ciervos han huido. Durante un largo rato, no sucede nada. Los hombres, entretanto, descansan antes de comenzar la colecta. Y ya están llegando los chamanes de cada clan para ayudar en la labor. Lo primero es ocuparse de los cazadores. Cuatro han muerto en la batalla. Ninguno es del clan de Bo, como predijo Sirek. Con sumo cuidado, reúnen sus cuerpos y designan a quienes los llevarán al asentamiento general donde se agrupan por este tiempo los clanes para que más tarde puedan darles sepultura.

Después llega el turno de los animales. Bo se ha subido a lo alto del muro, desde donde puede ver la pradera, llena de cadáveres teñidos con el rojo de la sangre. Son veinticuatro presas en total, y el que mató Tarik es la más grande de todas. Los chamanes proceden con el ritual para cada uno de ellos, cerrándoles el hocico para que no se escape lo último que les queda de espíritu y hablándoles al oído para pedirles paz. Y, sólo una vez acaban, los guerreros comienzan a moverlos y los amarran por las pezuñas para poder cargarlos.

Bo desciende dentro de la zanja. Allí se encuentra con Sirek, su antiguo mentor.

–Una hembra, ¿lo ves? –le dice, en el mismo tono que cuando era su maestro–. El rostro es distinto. El tamaño y el color. La figura de sus piernas. Éste de aquí es un macho. ¿Ves la diferencia? No tiene cuernos porque es demasiado joven, pero fíjate en su figura. Moriste demasiado joven, espíritu.

La sangre. El olor. Bo no sólo no puede hablar, sino que tiene que hacer grandes esfuerzos para no vomitar. Pero el miedo a la ofensa es más fuerte y lo obliga a mantener la compostura, sólo que no abre la boca para soltar ni medio sonido. El resto de los hombres repiten constantemente el gesto de llevarse las palmas de las manos a la cara, como si estuviesen bebiendo agua.

–Recuperan el alma que han perdido al correr –le explica uno de los cazadores de su clan, Koku’um–. Haz lo mismo –le pide, imitando el gesto–, recupera tu alma.

Y Bo camina de vuelta al asentamiento inhalando el aire que atrapa con sus manos.

\* \* \*

Hay poco tiempo para hacerlo todo, sólo el que el sol y un cielo abierto les regalen. Hombres y mujeres por igual se reparten las tareas, desde preparar y sajar a los animales para repartir las carnes hasta limpiar los cuerpos de los cuatro cazadores fallecidos y adornarlos con atuendos, joyas y armas grabadas. Cerca, los más jóvenes excavan los nichos bajo las órdenes de los chamanes, y algunos guerreros ancianos cuidan de los niños. Se prepara una gran hoguera, alrededor de la cual han de comer todos en paz.

En el suelo colocan unas pieles, además de algunas plantas, frutos y bayas. Antes de empezar el festín deben dar enterramiento a los muertos, y cantan y danzan para que sus almas encuentren el buen camino. Los chamanes van vestidos con el atuendo completo, unas pieles largas y rojas de las que cuelgan conchas, huesos y plumas, y se han pintado las caras con barro. Algunos de los cazadores se abren las prendas y se despejan el pecho, para también adornarlo con colores y collares; tienen permiso para ofrecer la carne a las mujeres de otros clanes y comerla con ellas. En torno a la hoguera principal, hay fogatas más pequeñas, donde quien quiera puede sentarse y comer o ir y venir como le plazca.

Mañana se separarán los clanes. No volverán a verse hasta la siguiente temporada de caza.

Los jefes se sientan todos juntos e intercambian opiniones. Pero, en cuanto la gran madre Ba'aba abre la boca para decir algo, todos atienden. Bo la mira y recuerda cuando era un niño y ella todavía lo recibía en sus brazos con cariño.

—¿Por qué tienen que separarse los clanes, mamá?  
—le preguntaba.

—No estés triste, mi niño. Muy pronto los volveremos a ver.

–Sí, pero... ¿por qué?

–Cuando llega el frío, la caza es más difícil. Se pasa hambre. Y con el hambre se enferma el alma de los hombres. Es mejor que estemos separados cuando eso pasa.

–¿Mi alma enfermará también?

–Dependerá de las voces que tengas cerca y de que tan bien sepas escuchar a los espíritus. Tendrás que decidir la clase de hombre que quieres ser.

Ahora Bo está sentado entre los más jóvenes, que saltan y gritan para demostrar su virilidad y llamar la atención de las mujeres, aunque pocas se dignan siquiera a mirarlos. Algo en su espíritu está triste, y por eso vuelve temprano a la cueva.

Varios miembros del clan ya descansan allí. Tres mujeres cuidan de Ja'anit; le dan de comer y le acarician los pies y los cabellos mientras ella arrulla a su bebé. Allí donde siempre se reúnen los hombres, sólo hay dos o tres, entre los que está Ka'ab; sentado contra la pared, juega con la hoja de un cuchillo entre los dedos, con el rostro tan serio como siempre. Mira a Bo un instante antes de volver los ojos hacia su pequeña arma.

Boká siente que no va a poder dormir, pero aun así se tumba sobre las pieles que usa como lecho. Por la chimenea entra una corriente de aire que parece decir su nombre y que agita las llamas, creando unas sombras que esta vez no parecen hombrecillos bailando, sino los espíritus de los ciervos que han venido a correr por las paredes que los rodean, anunciando que están en paz. Mientras sus ojos se van cerrando poco a poco, puede verlos. Sus lomos curvos se alzan entre la niebla hacia la luz del sol.

## LAS TIERRAS DEL SUR

«Aprendieron los cambios que llevaban aparejados las estaciones. [...] Es invierno cuando los machos son representados sin cornamenta, primavera cuando la hembra dispone de la suya para proteger a las crías recién nacidas. El bisonte aparece con el pelaje entero en invierno y con el pelaje de la muda en verano, mirando en cada caso en una dirección diferente».

Marvin Harris, *Nuestra especie*

Todos se han marchado ya. El único clan que permanece en el lugar es el de Ba'aba, que todavía hace vida normal en su cueva. Se han retrasado unos días esperando para que Ja'anit se recupere tras el parto. Pero se sienten algo intranquilos por algo inesperado: el bebé no llora y apenas quiere comer.

Las mujeres, Marikaá, Loómeli y Ara'ani, siguen las instrucciones de Ba'aba: toman al niño por las axilas y lo levantan, lo ponen al sol y lo mojan con unas gotas de agua fría en las mejillas con el fin de sacarlo de su letargo.

Pero esa noche ha caído la primera gran nevada, y entre los hombres empieza a crecer la preocupación de que el clima les impida migrar. Al atardecer, reunidos al-

rededor de una fogata, los jefes cazadores, el chamán y la gran madre discutirán lo que van a hacer.

–Tenemos que movernos –dice Ka’ab–. Tenemos que irnos. Si nos quedamos aquí, no tendremos qué comer y moriremos.

–¿No podemos esperar un poco más? –pregunta Sirek–. Marchar ahora podría significar que la cría no sobreviva. Ja’anit parece estar ya bien, pero el bebé necesita más tiempo.

–Ja’anit está bien –dice Ba’aba–. Ha caminado bastante los últimos dos días y ha recuperado los ánimos y las fuerzas. La cría necesita más tiempo.

–Si le damos más tiempo, ninguno de nosotros lo tendrá –insiste Ka’ab–. La nieve se acumula demasiado en los pasos, y si hay tormenta no podremos avanzar ni retroceder. No sería la primera cría que pasa por esto.

–No lo pasará –responde Ba’aba–. No llegará viva.

–Tampoco sería la primera. Ya hemos perdido crías antes.

–No en este clan. Todos fuimos recién nacidos alguna vez. Todos hemos necesitado en algún momento del cuidado de los demás. No sería sabio negar el cuidado al indefenso cuando estamos en posición de darlo. El bebé se puede salvar.

–Tarik –interviene Sirek–, ¿tú qué piensas?

–Nadie desea que el pequeño muera –medita el cazador en voz alta–, pero en esta ocasión estoy de acuerdo con Ka’ab. Si se cierran los pasos por la nieve, el clan entero estaría en peligro. Haremos todo lo posible por cuidar a Ja’anit y a su hijo durante el camino. Pero tenemos que avanzar.

–Entonces partiremos mañana al alba –concluye Sirek, con un gesto de alivio al ver que los dos piensan como él.

–Ahora vosotros encabezáis este clan. No hay mucho que esta pobre anciana pueda hacer para desafiaros. Aun así, pronto descubriréis que algunas cosas no se pueden predecir y que es mejor afrontarlas con paciencia que con prisa. El primer ciervo que echa a correr suele estar entre los que mueren. Pero, si así lo habéis decidido, partiremos temprano.

–Haremos todo lo posible por salvarlo, madre –insiste Tarik–. Tienes mi promesa.

De inmediato se ponen manos a la obra. Deben recoger todo lo que puedan llevar con ellos, y todos los miembros del clan tienen que ayudar. Para la migración al sur, incluso los niños han de cargar algo. No obstante, están obligados a pensar sólo en lo indispensable, lo fundamental para abrigarse, montar el campamento al aire libre y defenderse de animales y posibles agresores. Llevarán un pequeño suministro de alimento: frutos, vegetales, algunos insectos muertos y un sobrante de carne de la gran caza. El camino será largo y arduo. Deben ser eficientes y viajar ligeros. Cuanto más pronto lleguen al sur, mejores probabilidades tendrán de pasar un buen invierno y sobrevivir.

Dos hombres se dedican a remendar y apretar las costuras de las vestimentas de todo el clan. En un rato han roto hasta seis agujas de hueso alistando las ropas. Modifican los trajes de caza, agregándoles mangas y largas perneras. También crean capas gruesas y gorros para protegerse del frío, y bolsas y fundas donde transportar los bienes y las armas. Nada de la piel de los ciervos se desperdicia.

Entretanto, con un poco de tuétano del hueso de esos mismos animales, Sirek se dispone a fabricar una sustancia que, al quemarse, ilumina la cueva sin despedir nada

de humo. Pasa la tarde en la habitación sagrada, dibujando y estudiando las pinturas, rezando a los espíritus porque tengan una buena travesía.

El clan entero duerme inquieto. No por miedo, sino todo lo contrario. El campo abierto los llama. Es una voz muy suave que apenas logran entender, pero que sus espíritus se niegan a olvidar. Aun recostados en las rocas, ya pueden sentir los huesos y músculos de sus piernas estirándose, sus ojos cerrados llenándose de luz al imaginar un horizonte que los atrae y los intriga.

Antes del amanecer están todos levantados y vestidos, y se agrupan en la boca de la cueva. No se han atado los largos cabellos, sino que los llevan sueltos sobre los hombros, sujetos con bandas alrededor de la cabeza. El avance será lento, pero constante. Han de estar atentos a las señales del viento y preparados para montar el campamento tan rápido como sea posible y en cualquier momento en que sea necesario. Caminarán en tres grupos; los hombres, por el exterior, rodearán a las mujeres y los niños. Aunque no estarán libres de los peligros del bosque, es difícil que, siendo tantos, los lobos o los leones se atrevan a atacarlos.

Han intercambiado a algunos hombres con otros clanes, pero el de Ba'aba sigue siendo muy abundante en mujeres y niños y muy escaso en varones adultos. Por eso la emigración es pausada y su capacidad para la defensa y la caza mayor, reducida. Son catorce guerreros, diecisiete mujeres, incluyendo a la gran madre, y trece pequeños, además del chamán.

El cielo se enciende rápido esa mañana. Una nieve profunda los recibe al salir de la caverna y les entierra los pies, y los más pequeños no pueden resistir la tentación de jugar con ella. Hay quietud en el ambiente. El viento no sopla, no hay demasiadas nubes, lo que puede inter-

pretarse como una buena señal. Los dos grupos de siete cazadores se reúnen junto a sus jefes y se colocan alrededor del resto del clan. Es la primera vez que Bo está entre los protectores y no entre los protegidos. De fondo, se escuchan las palabras de madre Ba'aba, que reza otra vez.

–No sabéis cuánto os quiero –dice para finalizar.

Ja'anit lleva a su bebé pegado al pecho con una banda gruesa de piel.

–No lo sueltes –le susurra Ba'aba–. Mantenlo caliente.

–¡Andando! –grita Ka'ab para alentar a la tropa.

A partir de este instante el clan deberá mantenerse atento, no sólo a la amenaza que suponen las bestias, sino a la que suponen otros hombres. Los bosques y praderas que conducen hacia el sur están plagados de pequeñas comunidades salvajes, de las que es más complicado defenderse estando solos. La unión de los clanes crea una comunidad que los protege de estas gentes, aunque sean una sociedad que decae y se rompe rápidamente cuando la caza es poco abundante. En la unión está la fuerza cuando los estómagos están llenos y los corazones contentos; en tiempos difíciles, es mejor arreglárselas en familia. Si bien estos hostiles tienen pocas probabilidades de éxito si atacan a un clan bien formado, cuentan con una ventaja sobre los animales: no los temen. El hombre salvaje ve a Tarik o a Ka'ab como su igual, no por sus capacidades técnicas e intelectuales, sino porque se sabe tan humano como ellos.

Bo ha escuchado historias terribles sobre los salvajes, historias que lo hacen temblar por las noches. Sabe que disfrutaban comiendo la carne de otros hombres y que muchas veces matan por matar. «¿Qué pasa con el espíritu de una persona que es devorada por otra? Si es posible recuperar el espíritu inhalando los perfumes del bosque, ¿debe

serlo también devorando el alma de alguien más?», se pregunta en la oscuridad. Y entonces retiene la respiración y se abraza el pecho por miedo a quedarse sin alma.

Le han contado algunos encuentros con esos hombres. Ha oído historias de guerras contra invasores procedentes de tierras del norte, donde las bestias son demasiado grandes como para cazarlas. También sabe que muy pocos del clan han ido a la guerra. Fue así como Ka'ab se hizo esa cicatriz en la cara y como Tarik se convirtió en jefe cazador. La presa puede acabar contigo en la huida, y en la huida puedes morir cuando otro animal te caza a ti. Pero un hombre contra otro hombre, un enfrentamiento entre dos que saben arrancarse las lenguas y los ojos, es una idea que atormenta a Bo. Por eso marcha encomendándose a los veteranos guerreros, atento a los sonidos del bosque. Fuera de la cueva, el único techo que lo protege es la experiencia de sus mayores. La única forma de conservar su vida es obedeciéndolos.

Pronto la belleza y la inmensidad del mundo apaga sus miedos. Conoce el camino, aunque quizá sea ésta la primera vez que lo observa con atención. Los primeros dos días viajan entre los árboles. Después, el bosque termina y los deja desprotegidos en una estepa larguísima. Ahí el frío les colorea las mejillas y los obliga a cubrirse con gorros y capas. A lo lejos puede ver las montañas, y Bo se pregunta si también tendrán espíritu. Constantemente, por el suelo nevado identifican el rastro de manadas de animales que deben haber pasado por allí antes que ellos, hacia un lugar más cálido, pero en ningún momento se encuentran con ninguna. A pesar de estar expuestos a los elementos y a los ojos de los depredadores, se sienten solos.

Conforme transcurren los días, Bo empieza a sentir los estragos de convertirse en un hombre. Cada amanecer,

aún de madrugada, se levantan y deshacen el campamento, para luego caminar hasta que el sol comience a declinar de nuevo. Lo siguiente es encontrar un lugar propicio donde montar las tiendas, establecer un perímetro y excavar las fosas en las que un cazador pasará la noche de guardia. Comen sólo si queda algo después de que lo hagan las mujeres y los niños, y a la madrugada siguiente vuelven a empezar. Siente miedo, porque nadie le explica cómo hacer las cosas, aunque eso no lo libra de recibir regaños constantemente. Los jóvenes son los que menos importan; tener que enseñarles los convierte en una carga, y perderlos sería menos grave que si sucediera con los guerreros experimentados. Algún día, con suerte, logra dormir un poco. Está tan cansado y hambriento que se está volviendo loco, tanto que, si se encontrara con uno de los lobos que se escuchan aullar por la noche, no sabría distinguir si es real o sólo un producto de su imaginación.

Al fin la estepa termina, y se adentran en un bosque poco espeso y con pastos y hierbas altas. Bo suspira con alivio. Sabe que no tardarán demasiado en llegar.

Y allí consiguen que caiga una presa de buen tamaño. El joven jabalí dará sustento al clan durante un par de días. Por primera vez desde que partieron, Bo logra descansar una noche. Se siente tranquilo. El estómago lleno calma su espíritu y le da ánimos.

Pero pronto Sirek y madre Ba'aba se muestran inquietos por un inesperado giro en el clima. Hace un calor inusual para la época. La nieve se derrite, y durante todo un día se ven obligados a caminar bajo una lluvia cálida. Los hombres agradecen el cambio, pues el camino es más fácil así, sin advertir que aquello les impedirá prever con acierto el comportamiento de las bestias que habitan en la zona. Tampoco contemplan que el último obstáculo an-

tes de llegar al lugar donde quieren establecerse se ha vuelto más peligroso. Ya lo oyen desde antes de abandonar el bosque poco frondoso que ahora atraviesan: el río se anuncia con un caudal muy crecido.

El panorama se vuelve rocoso; el camino desciende peligrosamente. No es buen lugar para pasar la noche. Las cuevas son demasiado pequeñas para las necesidades del clan, y en la pendiente es imposible montar las tiendas. Por un momento contemplan volver sobre sus pasos. Pero la tarde está cayendo y, aunque el río está protegido de los rayos del sol por altas laderas y la luz se disipa rápido, la decisión final de los jefes es no detenerse hasta haberlo cruzado.

Y algo más también ha cambiado. Durante todo el viaje hombres y mujeres han tenido especial cuidado con Ja'anit y la cría, pese a la sensación general de que no sobreviviría. Pero, desde hace un par de días, llora más y come mejor. Hay esperanza. Lloro con tanta fuerza a ratos, de hecho, que su madre tiene que cubrirle la boca para no alarmar a los depredadores.

En las orillas del río, las aguas se muestran blancas y espumosas, violentas y profundas, y el clan entero se paraliza por las dudas.

Ka'ab saca las cuerdas y, con ayuda de los hombres, las ata de los extremos.

–Estoy seguro de que nosotros podemos cruzar –sube la voz para que se le escuche, mientras comprueba que los nudos sean resistentes–. Incluso algunas de las mujeres podrían. Desde la otra orilla, podemos tirar de los demás.

–La cría quedará demasiado expuesta –refunfuña Tarrik–. Los niños se mojarán y pasarán algo de frío, pero no creo que el bebé resista.

–Si tienes una idea mejor... Debemos actuar pronto.

Se toma unos instantes para observar el río.

–Amarrad la cuerda a mi cintura –ordena Tarik.

Le ha parecido que, por una parte, la corriente no es tan profunda. En cuanto atan la cuerda, mete los pies en el agua y comienza a caminar hacia la otra orilla con cuidado de no tropezar. Pronto el agua le llega al abdomen, y levanta los brazos en el aire, pero no se detiene. Durante un tramo largo, le cubre hasta la nariz. El clan respira aliviado cuando al fin consigue llegar al otro lado.

Tarik hace una señal para que tres de los hombres crucen a nado. Con algunas dificultades, lo logran, ayudados por la cuerda que entre Tarik y Ka'ab mantienen en tensión. Ahora son cuatro los que tiran de cada extremo. Entonces, los demás pasan las provisiones, y luego, agarrándose a la cuerda, comienzan a cruzar las mujeres y los niños. Tienen que sentar a Ba'aba sobre la tierra cuando alcanza la otra orilla para que recupere el aire. La desnudan y la cubren con hojas para que deje de temblar.

Al final sólo quedan por cruzar los cuatro hombres que tiran, Ja'anit y el bebé. Tarik vuelve junto a ellos valiéndose de la cuerda.

–Dame a la cría –le dice a Ja'anit–. Puedo cruzar levantándola en el aire, como lo he hecho antes. Lo has visto, puedo hacerlo, así, con los brazos arriba. Ahora debes ir tú. Yo te seguiré después con el bebé.

Ella obedece y no tarda en llegar a la orilla contraria.

–Mantened tensa la cuerda –pide Tarik a sus hombres antes de meterse en el río con la criatura en brazos–. No podré agarrarme, pero me apoyaré. Mantenedla tensa.

Avanza paso a paso, enterrando sus pies en las piedras del fondo para luchar contra la fuerza de la corriente. El bebé, incómodo, no se mueve, pero lanza unos alaridos que llenan de angustia al clan. No tarda en llegar al

punto donde tiene que levantar la cabeza para poder respirar y agitarla para quitarse el agua de la cara. Con los brazos en alto, rígidos como los pinos más altos del bosque, mantiene seco al bebé. La cuerda apenas le facilita las cosas. Pero, de repente, las rocas del río ceden bajo sus pies. Tarik tropieza y, al segundo siguiente, el agua los arrastra y desaparecen entre la espuma de la corriente. Los llantos de la cría se ahogan bajo las aguas.

Tarik utiliza todas sus fuerzas para llegar a nado a la orilla. En cuanto emergen, la criatura vuelve a quejarse, aunque sus lamentos se apagan rápidamente. Está helada. Le quitan el saquito que la protege, la envuelven con las pieles más secas que encuentran y se la entregan a su madre, que la acoge en su pecho. Los ojos se le cierran, exhausta, y los labios se le colorean de azul.

Mientras, los hombres ya corren camino arriba con las provisiones y los que faltan por cruzar lo hacen con prisas. Tendrán que encender un fuego, aunque eso los haga más vulnerables contra los depredadores.

Han repetido la acción tantas veces durante el viaje que pronto tienen a las mujeres, a los niños, a Ja'anit y al bebé calentándose junto a las llamas frente a la tienda principal. El humo que sale por la chimenea anuncia su ubicación. Aun temblando por el frío, los hombres establecen un perímetro con las lanzas y encienden más hogueras para calentarse y, a la vez, poner a secar las pieles. No duermen nada esa noche.

A la mañana siguiente, temprano, recolocan el campamento en un lugar más protegido. A pesar de estar tan cerca de sus tierras, han decidido descansar para recuperar las fuerzas y comprobar que todos están bien.

Dos días después, retoman el camino. Les resulta difícil saber cuántos días y noches pasan hasta que alcanzan su objetivo. Bo hace el recuento sin demasiado éxito. Sabe

que han subido desde el río dejando atrás aquel paisaje de rocas grises; que volvieron a encontrar otro bosque de alto follaje, tan alto como un hombre, y pocos árboles, y que se han establecido allí donde Ba'aba dijo que debían hacerlo.

La migración ha terminado. Su nuevo hogar es una cueva poco profunda y con una apertura muy grande, que cierran construyendo una entrada con algunas de las pieles de las tiendas. No hay suficiente espacio para todos; los hombres se tendrán que turnar para dormir al exterior. Alrededor no hay demasiados árboles, el bosque es escaso, lo que les permite ver el movimiento de las hojas verdes en lo alto e intuir peligros y posibles presas a lo lejos. Es cuando ya están asentados que el invierno entra de lleno y trae las primeras grandes nevadas. «Seguramente», piensa Bo, «el hielo de las montañas ahora tarda más en derretirse y el caudal del río debe ser menos violento».

Una mañana salen a inspeccionar la zona, identificar el rastro de los animales que habitan por ahí y establecer un perímetro. De vuelta a la cueva, Bo es el primero que la ve. Distingue su cabeza inclinada entre las hojas altas. Es Ja'anit, que llora de rodillas en medio del bosque. No requiere explicaciones; Bo lo entiende al instante. Han fallado. Su bebé ha muerto.